Bogotá fragmentada: la imagen y la cultura en los nuevos espacios

JUAN CARLOS PÉRGOLIS*

La hipótesis del trabajo que se adelanta sugiere que la *imagen urbana* no pertenece a la ciudad sino a sus habitantes, ya que es el modo como los ciudadanos la representan en su mente, por eso, la imagen identifica a la ciudad, no como es, sino como es *vista*.

Siendo una particularidad del observador, es decir del *sujeto* y no del *objeto* –la ciudad–, la imagen como mensaje, se puede indagar desde tres rasgos fundamentales: el deseo, el anudamiento y la simulación.

El primero, porque *la ciudad adquiere sentido cuando es capaz de satisfacer el deseo de sus habitantes.* Cuando este deseo se satisface, se produce un acontecimiento que se expresa a través de un relato.

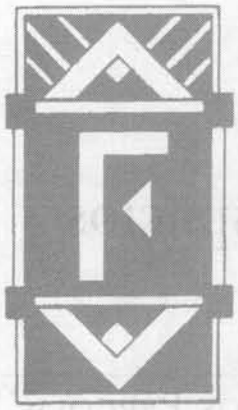
Esta aproximación implica revisar las propuestas de la semiótica tradicional, basadas en el significado de las formas e introducirse en una semiótica del deseo, es decir, observar el sentido –no el significado– a partir del vacío, la huella o faltante que manifiesta el deseo (Kristeva, 1975).

El segundo rasgo señalado, propone que la imagen se constituye ante una situación de anudamiento entre el observador y las múltiples re-

* Arquitecto y semiólogo urbano. Profesor de la Universidad Nacional de Colombia.

Esta conferencia fue dictada el 25 de noviembre de 1997, bajo este mismo título, y corresponde a la última etapa de la investigación denominada "Bogotá fragmentada: espacio y cultura a fines del siglo XX".

des que actúan en el espacio urbano. Esto implica entender a la ciudad como un tejido comunicacional, como fragmentos de espacio y de comportamientos que crean pliegues culturales sobre una estructura leve, ligera, homogénea y sin jerarquías: el concepto de *red* es antagónico al de *sistema* (Serres, 1994).



inalmente, la imagen es simulación, en tanto es representación y más aún, ante la particularidad de permitir *mostrar lo que no se tiene* como actitud subyacente en la conformación del imaginario (Baudrillard, 1978).

El centro de Bogotá fue el gran emisor y receptor de los flujos culturales, afectivos y económicos que conformaron la vida de la ciudad. ¿Qué pasa, entonces, cuando ese centro se rompe y estalla en numerosos puntos sobre los que actúan infinidad de redes y la cultura, los afectos y la economía de la ciudad bullen en cientos de nodos dispersos en un territorio sin límites?

Desde la visión del pensamiento moderno se intentó comprender a la ciudad a través de la dicotomía territorial *ciudad-campo*, que presentó como antagónicos los medios urbano y rural, uno consumidor, el otro productor; uno progresista, el otro tradicional.

Consecuente con la anterior dicotomía, apareció otra: *centro-periferia*, que trató de explicar la estructura interna de la ciudad y su crecimiento como el juego de dos sistemas de ondas expansivas sobre el territorio antagónico, uno centrífugo, que irradia las pautas urbanas hacia el medio rural y otro centrípeto que tensiona el entorno hacia la ciudad (Lefebvre, 1972), específicamente, *hacía el centro de la ciudad*, expreso por la imagen histórica de la Plaza Mayor, el centro de todos los poderes.

El deslinde entre ambos medios, fue la *periferia*, lugar donde los llegados del campo se *arriman* a la ciudad y los desplazados de ella se mantienen cerca pero no *en ella*: arrabal, deslinde, borde, periferia. Porque en el modelo dicotómico, la ciudad se entendía simplemente como su centro, es decir la plaza, lugar de la fundación y la sede de los poderes, allí donde *vivir en el marco de la plaza* connotaba el prestigio de vivir cerca del poder, participar de él.

El posterior crecimiento de la ciudad convirtió al centro en el eje de un sistema radial sobre las vías que conectan con el entorno rural y cada crecimiento, como un nuevo anillo alrededor del centro, lleva la periferia, el deslinde, los arrabales, más allá (Hawley, 1976).

Pero el borde existe en tanto existe la forma. En la ciudad actual –sin forma y extendida arbitrariamente– la noción de borde desaparece tanto como desaparece la del centro y la circulación de flujos, antes centrífuga-centrípeta, ahora es homogénea y monótona en la extensión sin límites (Dematteis, 1987).

Sin embargo, donde los flujos se frenan, allí donde la desaceleración cristaliza la masa, aparecen la forma y los valores tradicionales; donde la tensión deviene masa, aparece la arquitectura. *Un exterior móvil, conmutativo, 'cool' y moderno* confrontado a *un interior crispado sobre los viejos valores,* es la contradicción que señala Baudrillard (*Op. cit.)* en la estructura que denomina *beaubourg,* imagen de una ciudad expresada solamente por *"un esqueleto de flujos y signos, de redes y circuitos, una estructura implosiva de relaciones sociales expuestas a una valoración superficial"*.

Así, en esta ciudad, donde arquitectura y urbanismo coinciden, se superponen, y desaparecen como instancias diferenciadas ante el concepto de fragmento urbano, aparece una nueva dicotomía: *exterior-interior.*

Porque en la ciudad fragmentada se pierde la tradicional relación entre morfología urbana y tipología arquitectónica ya que los nuevos fragmentos –conjuntos cerrados de vivienda, centros comerciales, zonas francas, *resorts*, etc. – son intervenciones propias del *urbanismo*, por sus dimensiones y grado de afectación a la estructura de la ciudad, pero son también soluciones *arquitectónicas* por las características de su proceso de diseño, por el lenguaje propuesto y por el nivel de detalle alcanzado.

Sin embargo, los interiores de los conjuntos cerrados de viviendas o de los centros comerciales recurren a las imágenes de la calle –el paseo peatonal de la ciudad tradicional–, articulada con la plaza o las plazuelas, como si allá en el fondo de la memoria del hombre urbano que habita estos fragmentos, quedara el recuerdo de *vivir en el marco de la plaza* o, su inconsciente encontrara la paz en el simulacro de los espacios tradicionales y de los viejos valores urbanos.

Por ello, el contenido cultural de la ciudad fragmentada es anacrónico, porque se basa en el simulacro escenográfico de la ciudad tradicional, reproducido en los incontables fragmentos. Cientos, miles de imágenes urbanas tradicionales, infinitas callecitas y plazuelas privadas que no son calles ni plazas de la ciudad son simulacros de algo que cada día existe menos: *la ciudad,* cuyo recuerdo se quiere mantener porque aún es atractivo comercial para las ventas, pero es una ciudad aséptica, ideal, ficticia, lograda por formas y no por contenidos, en el interior de los conjuntos de viviendas o los centros comerciales.

La ciudad que ha desaparecido, reaparece simulada en los interiores y el urbanismo y la arquitectura se fusionan para que el primero viva en la segunda, parece ser la curiosa paradoja de esta Bogotá de fines del siglo XX.

Pero el interior-simulacro es vacío –mapa de ningún territorio, tan desolado y sin contexto como el *hiperespacio* de la pantalla de un computador, antes de escribir la primera letra– aunque también el exterior no-urbano, simple expresión de fragmentos colocados arbitrariamente sobre la estructura que proporcionan las redes es vacío y ajeno a cualquier contexto.

Ciudad sin centro y sin periferias, territorio disperso y de muy baja densidad poblacional; la ciudad aparece como un simulacro al interior de los fragmentos y el exterior-*urbano* es solamente una red de flujos: ya no hay dicotomías entre los espacios urbanos que pasan de una virtualidad exterior a otra interior; en realidad, ambos espacios son simulaciones y el vacío interior de los fragmentos, al cual el simulacro no puede dar sentido, se tiene que llenar con la información de los medios.

Allí mora el televidente, el interactuante en red, el habitante pasivo de los fragmentos, el destino final de los flujos, fascinando con la información, con la informática, con el drama ajeno de las telenovelas, con el sexo seguro y las audaces amistades de la red. Todo llega y todo se superpone en el fragmento-destino de los flujos, que es el fragmento-nodo de todas las redes.

El mundo verdadero, al final, se convierte en una fábula, como en la profecía de Nietzche (1972),

que parece concretarse en los comportamientos arbitrariamente fragmentarios de la sociedad de los *media,* que habita la ciudad también fragmentada y que en palabras de Vattimo (1989) se basa en la oscilación, en la pluralidad y en la erosión del propio *"principio de realidad": la sociedad transparente,* en la que la masa más busca la fascinación que la producción de sentido, porque ante la fascinación que ejercen los medios no hay significantes ni significados válidos y si los hubiera, no coincidirían en la conformación de signo alguno.

Así, la masa dispersa en el territorio infinito de la nueva ciudad, se convierte en algo inerte, opaco, que llena los flujos exteriores y se alimenta en los interiores a través de los medios (Baudrillard, *Op. cit.).*

Referencias bibliográficas

Baudrillard, J., *Cultura y simulacro,* Barcelona, Kairós, 1978.

Cassier, E., *Filosofía de las formas simbólicas,* México, Fondo de Cultura Económica, 1971.

Dematteis, Giuseppe, "La scomposizione metropolitana", en: *Le città del mondo il futuro delle metropoli*, 1987.

Hawley, Amos, *Ecología humana,* 1976.

Kristeva, J., *Travesía de los signos*, Madrid, Aurora, 1975.

Lefebvre, H., *La revolución urbana,* Madrid, Alianza, 1972.

Nietzche, F., *El crepúsculo de los ídolos,* Madrid, Alianza, 1973.

——, "Cómo el mundo verdadero acabó convirtiéndose en una fábula", en: *El crepúsculo de los ídolos,* Bedout, Medellín, 1972.

Varios, *Le città del mondo e il fituro delle metropoli,* Milán, Electa, 1987.

Vattimo, G., *La sociedad transparente,* Barcelona, Paidós, 1989.